

SUSCRICION.

EL PROGRESO,

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID Y PROVINCIAS.

Un mes. 4 rs.

ULTRAMAR.

Un trimestre. 20 rs.

PERIODICO BISEMANAL POLITICO Y LITERARIO.

Poco importa que un pais tenga muchas y buenas leyes escritas; lo que importa es que, aunque pocas, se cumplan.

MONTESQUIEU.

Administracion, calle de Tudescos, 26 y 28, pral.

Especialidad para artes y oficinas; Espoz y Mina, 4.

En las principales librerías.

SUMARIO. Una primera solucion.—Los candidatos al trono y la lugartenencia.—España y Portugal.—Cabrera.—Ruidos.—Soneto provisional.—Soneto filantrópico.—Folletín.

Damos cabida con mucho gusto al siguiente artículo, debido á la pluma de uno de los primeros hombres de administracion del pais: de acuerdo con la generalidad de las ideas emitidas en él por el autor, lo publicamos, poseidos de una doble satisfaccion: el lector juzgará de su mérito.

UNA PRIMERA SOLUCION.

En quince dias ha desaparecido una dinastía secular. El resultado de la revolucion ha escedido todos los cálculos y todas las esperanzas. A los anteriores pronunciamientos contestaron los partidos con mas ó menos fé, con pausado entusiasmo. A la voz de abajo la monarquía que nos afrenta, contestó la España como un solo hombre, y el convencimiento general, y por eso ha sido mas unánime, fué: *el monarca que se ha hundido, no puede volver*. Quedó hecho el vacío. Se instaló el gobierno provisional del modo que todos sabemos; los iniciadores del movimiento, el vencedor de Alcolea, rindiendo culto á la revolucion moral preexistente y á su manifestacion pública y popular, pusieron sus laureles y su espada á los piés del pueblo *que habian hecho soberano*. El esclavo se levantó y ciñó la sien del libertador diciéndole: gobierna en mi nombre. Esta es la primera página de la historia actual. Abnegacion, generosidad y respeto á la nacion en los libertadores: gratitud, correspondencia en los libertados.

Las juntas se disolvieron, y empezaron á querer funcionar las nuevas autoridades: tenian poca práctica, *poca respetabilidad adquirida*; el pueblo era soberano, el pueblo se armaba, las familias de las provincias emigraban á Madrid, las de Madrid, al extranjero. La administracion desquiciada por el sacudimiento revolucionario, entró en un periodo, que tiende á hacerse crónico, de desórden y de impotencia. Se abandonó el trabajo particular por el salario oficial que nunca debió darse: se escitaron las pasiones con la holganza, con las cesantías y con el asalto á los destinos, y el pueblo, siempre honrado, siempre generoso, pero siempre engañado, comenzó á no tocar los beneficios que se prometia, sintió malestar y lo atribuyó á no haberse consumado la revolucion y oyó las predicasiones de los que le decian: «tu salvacion está en la República,» el gobierno desvía el carro triunfal de la revolucion para detenerla, te vuelven á engañar, viene otro 43, otro 56, y de esos nuevos truenos de la opinion armada, se asustó la poblacion contribuyente: el comercio vió desiertos sus almacenes y paralizadas sus operaciones, el fabricante tembló y tuvo que aumentar los jornales de sus operarios, el dinero huyó al extranjero y el empréstito nacional fracasó. No correspondiendo el pais á ese llamamiento noble y honrado del Ministro de Hacienda, no haciendo justicia á la pureza de la mas trasparente de las operaciones de crédito que se han hecho en España, hubiera dado una muestra de su falta de patriotismo, ó de su impotencia, si no la hubiera dado tambien de su falta de sentido práctico no interesándose en un empréstito y conversion

en todos sentidos beneficioso. Aducimos este segundo argumento en escusa del primer extremo, para probar que, si el pais no ha dado su dinero al Gobierno, es porque no le ha inspirado confianza la marcha que con la segunda edicion del lema «cúmplase la voluntad nacional,» dejaba imprimir á la libertad regeneradora de la patria. Esa es la situacion en que nos encontramos: el Gobierno ha tenido que abdicar la iniciativa que de justicia le corresponde, lo mismo que el buen sentido la reclama. Una poderosa asociacion de hombres, omnipotentes en las armas, ilustres en el saber, experimentados en los negocios públicos con funcionarios y gobernadores idóneos en la administracion, se han anulado ante las exigencias del oleage revolucionario, y se han cruzado de brazos contentándose con decir: «cúmplase la voluntad nacional,» y anunciando tímidamente un pensamiento monárquico. Mientras tanto el partido republicano, cuyos gefes admiramos, cuyas doctrinas respetamos y creemos que han de predominar algun dia, *cuando la Europa nos comunique los latidos de su corazon* pero que no tienen hoy los funcionarios idóneos, los empleados necesarios, un cuerpo de administracion, en fin, para establecer su sistema en la práctica y cuyos soldados que no están habituados á respetar la ley ni á observarla siquiera, dogma indispensable para poder establecer la república, han exaltado las pasiones, levantado la opinion, prometido al pueblo un cielo en la tierra y hecho casi casi imposible la reconstitucion pacífica del pais. Sus masas engrosadas con todos los descontentos, con todos los instrumentos inertes de la dinastía caída y de la dinastía heredera del primer testamento de Fernando VII, amenazan el órden, ponen en peligro la seguridad personal, atentan á la propiedad en varios puntos y han infundido por fin esa desconfianza que produce la emigracion, que oculta el dinero y quita toda respetabilidad y toda accion al Gobierno.

La sociedad está perturbada: el sufragio universal no puede ser hoy una verdad: una multitud de cabezas exaltadas, sin práctica, sin guía, sin experiencia, obedeciendo solo al impulso de su mal estar ó al impulso de traicioneros consejos, no puede ser árbitra de los destinos de la nacion. Estos destinos están sujetos ante todo á la posibilidad, y la política no es mas que esto en todas sus derivaciones. Los mismos diputados no van á saber en conciencia lo que han de votar.

Republicanos; hoy no podemos establecer la república en España, porque la nacion no está preparada para esto; careceis de todo lo necesario para que pueda durar siquiera seis meses, porque traierais la guerra civil á vuestra patria y quizá la intervencion extranjera. Y no os asustéis de la palabra. Los franceses están en Roma sin mas derecho. Las naciones monárquicas en quien confiáis, no os garantizarán, y el sentimiento nacional no es tan unánime en España, donde hace diez años no se hablaba siquiera de República para defender su independencia como en 1808. Tened fé en vuestras creencias, preparaos, educad al pueblo, aumentad vuestro número con hombres importantes, no con la muchedumbre, tened vuestro sistema de administracion práctica, vuestros gefes para las provincias, vuestro ministerio preparado, vuestro ejército practica y repentinamente posible, no fleis á la Providencia vuestro éxito; *esperad, esperad*. Cuanta menos impacencia tengais, mas seguro será vuestro triunfo. La idea republicana dará algun dia la vuelta al mundo.

Monárquicos, que tan desacertadamente habeis conducido vuestra bandera, comprended tambien que un Rey *no se busca, se encuentra. Aparece ó nace, no se crea discutiéndolo.* Su nombre no puede entregarse á pública y maliciosa polémica, no se puede analizar y *disecar. La anatomía del Rey no es posible, hasta su cadáver se embalsame.* Esperad tambien, demos una tregua á nuestra impaciencia, restablézcase la calma y la confianza, tomemos aliento, aseguremos el orden, rehagamos la administracion, y que todos comprendan que si hay libertad, hay justicia en España.

Gobierno provisional, vuelve en tí. Los que habeis derrocado lo existente, probad al mundo que habeis obedecido á un pensamiento premeditado y que sois capaces de sustituir otras leyes y otras ideas al régimen derribado.

Habeis tomado el pulso á la opinion, sus latidos señalan los siguientes síntomas.

Libertad y justicia en todas sus manifestaciones.

Descentralizacion, economías.

Orden moral y material,

Soluciones democráticas en la Administracion; progreso constante.

¿Cómo puede hacerse todo lo que el país quiere, todo lo que tiene derecho á aspirar?

¿Pueden hacerlo sin las Cortes? no.

La discusion seria eterna, irritante, negativa; pero pueden sancionarlo, pueden revestir con su confianza y su voto á una lugartenencia del Reino, una ó trina que rodeándose al momento de un ministerio nacional, fuerte por la unidad de sus pensamientos y por la adopcion de un sistema anticipadamente conocido, lo desenvuelva en leyes cuyas bases pueden solamente discutirse y votarse por la asamblea. De este modo se evitará la pérdida de tiempo y la excitacion de las pasiones con peligro del orden y hasta de nuestra independencia. La ansiedad volverá á su asiento, la confianza se restablecerá y todos los españoles podrán ser consultados por medio de un plebiscito sobre el rey que debe aclamarse en el caso que la Asamblea haya votado la monarquía en esta sola fórmula: *si ó no.* Para dar antes una satisfaccion al país, para demostrarle que la revolucion es profunda para inspirarle fé en el porvenir, sin apartar los ojos del estado de Europa, se debe entrar de lleno en las reformas sancionadas por la opinion.

Redúzcanse en seguida los Ministerios uniendo Guerra y Marina, y distribuyendo los negociados de Ultramar á las secciones respectivas de los otros ministerios: suprimanse además todas las direcciones de las armas y cuantas nosean absolutamente precisas.

Nómbrese antes para mandar las provincias á los hombres más notables, de mayor posicion oficial y social, á ex-ministros, consejeros, etc., al que lleve a su mando práctica, respetabilidad y saber. Esa circunstancia, olvidada siempre, es la principal causa de todos nuestros males. Con buenos gobernadores, la milicia será una garantia de orden y de libertad, porque el pueblo español es el más honrado del mundo. La administracion irá cerrando sus llagas y las rentas del Estado no serán ilusorias. La razon y la justicia imperarán solamente y reconstituida la sociedad, garantida la familia se podrá pensar en reconstituir el Estado.

Devuelta así la confianza y asegurado el orden, dése un corto plazo á los emigrados voluntarios, para que vuelvan á gastar en España su dinero, salvando al comercio de su ruina. Los que no vuelvan en el plazo fijado, deberán pagar doble contribucion.

Suprimido el impuesto de consumos puede descentralizarse el pago del clero, al que satisfarán las provincias, en sustitucion de aquel impuesto, su asignacion, por los medios que los ayuntamientos y diputaciones conceptuen más ventajosos. España es bastante religiosa para que esta obligacion sagrada se satisfaga con generosa exactitud. El culto catedral podría quedar á cargo del Gobierno como guardador de la religion católica.

La conservacion de carreteras y el impuesto de portazgos con la cultad de sustituirlos, debería estar tambien á cargo de las diputaciones y las Universidades podrían adquirir tambien una independencia beneficiosa, descargando el presupuesto general.

El ejército debería reformarse inmediatamente aboliendo las quintas, *esa tradicion de la esclavitud diez veces peor que la de los negros*, y formando con enganches voluntarios un ejército poco numeroso que fuera guardador del Gobierno garantia de la sociedad y el núcleo del ejército nacional, formado por todos los ciudadanos hábiles que tendrian por gefes los cuadros del ejército hoy existente.

Estas y otras reformas menos necesarias y deseadas, puede solo hacerlas un poder revolucionario fuerte, un poder que se ha alzado sobre la victoria y por la aclamacion nacional, un poder que tiene la obligacion de darnos la paz, la grandeza, la libertad y la honra ofrecidas. Su mision será mas alta, más rápida, más potente hoy, que la de una asamblea, luego que esta le revista con la plenitud del voto del país. Las naciones perturbadas no pueden constituirse; venga la Constitucion de arriba, venga pronto venga diez dias despues de establecida la Asamblea, y la saludaremos y sancionaremos.

Los nombres de nuestros salvadores pasarán á la historia ó irán al panteon de las medianías ambiciosas.

Madrid 9 de Enero de 1869.

D.

LOS CANDIDATOS AL TRONO Y LA LUGARTENENCIA.

Al extremo á que han llegado los acontecimientos de España, no hay duda de que el pueblo ha podido aprender en seis meses lo que sin una revolucion hubiérale costado dilatado número de años. Cuando una nacion puede libre y sosegadamente dar ó quitar prestigio á los candidatos que aspiran á su gefatura, esa nacion ha dado un gran paso en el camino de su propia independencia moral. Y tanto es así, como que sería insensatez no reconocer el beneficio prestado al país no por un general acreditado, no por un senador encanecido, por un demócrata, simple particular, en una palabra, por D. Nicolás María Rivero. Rivero ha sido en estos últimos tiempos el símbolo del orden: los hombres á quienes se ha debido el alzamiento nacional se han guardado bajo la idea democrática representada por él, y se han puesto á salvo de los grandes vaivenes de la opinion, pura y exclusivamente revolucionaria. Mientras se formula el pensamiento del país, mientras las Cortes consagran la obra de la restauracion del honor patrio, el país ha elevado, ha deprimido, ha hecho cuanto le plugo con esa nueva idea, idea—baluarte, que se puso su á disposicion para bien encaminarlo ó para evitar estravios dañosos. Y aunque esta idea atormentó desde su origen á los demócratas puros, á los republicanos *pur sang*, ellos y todos hemos podido poner en escena mentalmente la monarquía democrática en la persona de los candidatos diseminados por Europa. No es culpa del duque de Montpensier, si tras tan fatigosa discusion pública, la opinion no se ha fijado: los que han permitido este periodo de expansion política, de analisis popular, no han obrado sin cordura: el fin era tal vez desprestigiar todos los candidatos. El ilustre príncipe podría ocupar el trono español abonándole multitud de prendas morales é intelectuales nada comunes: pero tiene en contra suya los bonapartistas y no sabemos si algun vestigio no merecido de los tiempos de la famosa *Regencia*: hablóse de otros candidatos, y al fin se vino á parar á las hipótesis mas levantadas. Ya se trató del duque de Edimburgo, ya del portugués, ya del mismo invicto duque de la Victoria, ciudadano á quien sostiene la opinion unánime de los españoles de buena fé. Pero este candidato hubiera sido un rey de compromiso. Se ha vuelto á aventurar la especie relativa

á una restauracion, cuando distrajeran á la prensa ruidos ocasionados por manejos diplomáticos en favor del duque de Aosta, candidato que merecería, á no dudarlo, toda la benevolencia del soberano francés. Si el lector quiere, poniendo su mano sobre el corazón, díganos, si cree seriamente en la posibilidad de que un príncipe extranjero gobierne en paz y al gusto nacional en este país; en buen hora lo haga y convenga con nosotros en que si hay independencia poderosa, es la independencia moral del español. Aosta ó cualquier príncipe extranjero viviría una vida facticia, eventual, y llena de sinsabores. Pues si Montpensier que tiene un conocimiento completo de este país y de sus hombres y de sus costumbres, su idioma y de su historia, es discutido (despojando su candidatura de la ira de nuestro augusto vecino) ¿qué será el nuevo Maximiliano que venga á este país? Y cuándo viene? Cuando una gran mayoría está avida de ver si es cierto en la práctica lo que promete D. José María Orense, si es verdad que la república es la igualdad, la economía, el orden. De forma que hablando sin pasión, ningún candidato subiría al trono español con prestigio partiendo del severo análisis á que se le ha sometido: al mismo D. Carlos no le ha escuchado su edad ni su educación alemana ni el poder contar hasta cierto punto, tal vez, con el insigne y hoy muy ilustrado general Cabrera. Entre tanto se ha procedido á las elecciones para diputados á Cortes: el gobierno que tiene recursos, cuenta con una mayoría monárquica, pero á oír á los demócratas puros, queda el criterio perplejo: de un modo ó de otro, de las fusiones, de las alianzas, imposibles de prever ahora, entre los partidos, dependerá el triunfo ó la derrota del principio patrocinado por el gobierno. — Bien pudiera suceder otra cosa; que anulada por sí misma la votación, conviniera la mayoría de diputados de todos colores, en la formación de una Lugartenencia con trono vacante, trono que mas tarde, con mas sosiego, ya restablecido el orden podría entrar en el dominio de una discusión fría y acertada, lugartenencia enteramente popular, arraigada en la conciencia pública y en antecedentes dignísimos. Si viéramos de Lugarteniente de la Nación á D. Juan Prim, y Presidente del Consejo de Ministros al Sr. Rivero, ¿no quedarían satisfechas las opiniones de los grandes partidos, sin que nos metamos á indicar los otros nombres, símbolos de otros partidos políticos y que figurarían dignamente al lado de aquellos dos varones? Y no queremos decir con esto que se desconozcan (sería un pecado) los muy altos servicios prestados al país por un Serrano, un Topete, un Izquierdo, un Olózaga, cada uno en su esfera. Para alguno de ellos y para los hombres civiles, pero notables del país, quedarían elevadísimos puestos que desempeñar sobre todo los diplomáticos, que en esto el Sr. Lorenzana ha estado ligerísimo y solo puede ser disculpado comprendiéndose que todo lo actual lleva un sello de interinidad. Si durante la discusión á que se prestara el trono vacante, no era posible la monarquía democrática, sino la democracia pura, del conjunto de todas las inteligencias ilustradas del país surgiría irremediablemente el criterio salvador de la honra de la patria y del orden en todas sus esferas. — Por nuestra parte acataremos al gobierno que la nación se dé, el que ella adopte, sofocando, si no vemos en triunfo nuestros principios políticos, las ideas que ojalá viéramos en práctica para el bien no solo de este país, sino de aquel otro que con las armas en la mano, pide cumplan su palabra empeñada, los hombres que han sabido derrocar una dinastía reconocidamente perjudicial.

G. M.

ESPAÑA Y PORTUGAL.

Existe hoy en Europa una tendencia invencible á las grandes agrupaciones. Prusia é Italia, la Francia misma lo atestiguan. Turquía y Grecia, Suecia y Dinamarca, parecen tambien avocadas á resolver el gran problema de la unificación. Hay ideas que no son el producto del acaso ni de inteligencias determinadas: sobrevienen porque están escritas en el destino incontrastable de los pueblos. No há mucho tiempo, Thiers, ese gigante de la palabra, ese oráculo de la historia contemporánea, abogaba en las Cámaras francesas por la continuación de la política de Richelieu, por el engrandecimiento de la Francia á costa del fraccionamiento de las naciones vecinas; principalmente la de los estados alemanes y los del abigarrado mosaico que hasta nuestros días han compuesto el actual reino de Italia. Un inmenso aplauso acogía sus palabras: sus ecos resonaron por todo el país, y á no ser por el compromiso contraído ante el mundo de abrir las puertas de la Exposición Universal, la guerra con Prusia hubiese estallado, y la unidad italiana, apoyada por el mismo César francés, hubiese quedado amenazada por el mismo pueblo que poco antes la habia sostenido en los campos de batalla. El pueblo francés se sentia humillado: su inmensa preponderancia revolucionaria quedaba como estinguida; era una nación mas: no era ya la primera de las naciones en Europa. No recordaba que el César habia dicho: como pongo dique á estos ríos y contengo sus inundaciones, encauzaré la revolución y el imperio será la paz. Otra era la mente de esas palabras: Franceses: sois un pueblo turbulento: os aqueja la sed de dominación; porque podeis derramaros sin resistencia por las fronteras: yo levantaré las nacionalidades limítrofes, y una vez encerrados en vuestras cosas, amareis el orden; perpetuaré, en lo que cabe en la prevision humana, mi dinastía; porque vuestras ambiciones no hallaran ya pábulo en la facilidad de las conquistas exteriores. Y así ha sucedido en efecto: la Francia de hoy no es una nación calavera que pueda imponer leyes al mundo á medida de su deseo: de ligera y fantástica, tornada cavilosa y reflexiva, habrá de consultar el espíritu solidario de la época; no su propio humor: la espada de la Prusia penetra por las provincias rhinianas, y la ambigüedad de la diplomacia florentina, que en un tiempo se llamó Maquiavelo, puede descargar sus iras por Niza y Saboya: no era, sin embargo, ese el ideal de la política napoleónica; contó con el engrandecimiento del Austria; no con el de la Prusia: ¿cómo pudiera haber previsto, allá en las profundidades de su cálculo, el fusil de agua que tales resultados habia de producir en Sadowa?

Mas sean cualesquiera las consecuencias, es un hecho innegable que la política napoleónica ha sido muy distinta de la de Richelieu y Luis XIV; engrandecerse en medio de ruinas fué el lema de estos; de ello resultaba que el equilibrio europeo pendiese de la voluntad de la Francia; el nuevo César, á fin de regenerar en un todo el imperio, adoptó tambien en lo exterior otro lema; dilatarse hasta las orillas del Rhin, y allí amurallado, pesar sobre el Occidente de Europa: imponer acaso, los derechos de primogenitura sobre la raza latina; la sede romana como centro de la unidad de creencias; la espada napoleónica como simbolo del gran imperio de Occidente.

Aunque no hemos conferenciado nunca con S. M. I., no creemos nada aventurado atribuirle la paternidad de semejante hipótesis: la familia de los Napoleones es numerosa; uno habia en extremo aficionado á visitar las provincias Vasconas; otro entroncado con la familia de Victor Manuel; otro señalado como sucesor de la tiara; otros varios, en prolífica muchedumbre, muy capaces de secundar, en una ráfaga destronadora, las huellas del primer imperio. Entonces caían las dinastías con asombrosa rapidez: hoy parece que sigue acaeciendo lo mismo, como si una mano poderosa descuajara los árboles seculares y los arrojara á merced del viento.

Otro motivo podría aducirse en apoyo de lo espuesto: la dispendiosa y titánica guerra de Oriente, que fué como volcar un mundo sobre otro mundo: no siempre pueden reproducirse ta-

maños acontecimientos, y sin embargo, el Occidente podría no ver á quedar sepultado bajo la balumba de una nueva invasion de los bárbaros del Norte. Napoleon I lo ha dicho: el día que el Czar i apere en Constantinopla será dueño del mundo; y que hay una ley fatídica que impele á los modernos Alaricos á las puertas de Roma, no puede ponerse en duda: un coloso abismado entre nieves durante ocho meses del año, ha de sentirse poderosamente impulsado hácia las risueñas comarcas del Mediodía. En Asia lucha con gentes que llevan en su semblante el sello de la diferencia insoldable de raza: en Europa podría prometerse la asimilacion terrible de la ya exánime Polonia. Mr. Thiers incurria, pues, en un crasísimo error; el de suponer que la política europea podía ser hoy la de hace doscientos años; tiempo en que el pueblo moscovita era como un monton informe apenas visible entre las brumas de la barbarie en que yacía. No podía el César francés contrarrestar la obra de la Providencia. No podían los pueblos de Occidente permanecer divididos en mezquinas discordias locales, en tanto se destacaba en el polo la inmensa tempestad que había de envolverlos. Ante el peligro, la raza germana habría de estrecharse y tender á formar un todo compacto de ochenta millones de hombres, inaccesibles á toda invasion. Los principados de Italia no habían de ser el foco de perpétuas contiendas que impidiesen la necesidad apremiante de la defensa comun. Otros eran los tiempos, otra también la política que habría de observarse. La política de Mr. Thiers podría halagar al pueblo francés: mas no es, no puede ser la política de la época: la época pide la unificación, las grandes agrupaciones.

¿Cómo es que España y Portugal no han seguido el movimiento de su época? ¿Cómo han quedado acá detrás de los Pirineos rezagadas y como aisladas de las grandes transformaciones verificadas en Europa? ¿Si estallase de nuevo la guerra de Oriente no podría la Península Ibérica llevar su contingente á la magna empresa de la defensa comun?

¿Si naciones hay mejor dispuestas á acudir al Báltico, no cumple ya á España ser guardadora de la independencia del Mediterráneo? ¿Cómo venció en Lepanto; como contrarrestó al ominoso poderío de los musulmanes, no le queda ya ningún puesto que llenar en la gran empresa contra el Oriente? ¡Malhadada política la de los Borbones, que encastillada en un frío egoísmo, fué como un anacronismo viviente en medio del progreso irresistible [de la humanidad! Empotrados ante la sombra de Luis XIV, influidos del orgullo de lo que fueron y del despecho de lo que no eran; altivos, desdeñosos, ganosos de deificarse, y ver bajo sus pies el rebaño del mundo, ni comprendieron ni sintieron las ideas de su época: vivieron vueltos de espaldas á sus contemporáneos, y gozosos ante las dudosas grandezas de su historia. Así son todas las dinastías: una vez llegadas á su apogeo, se petrifican, y por la sucesion de los siglos no son sino inanimados recuerdos históricos.

Esa dinastía que era la momificación de lo pasado, ha desaparecido de entre nosotros: los aires de las ideas modernas la han barrido cual pavesa, cual residuo aniquilado de tiempos que fueron: grandes destinos tiene que cumplir la nacion española: ¿cómo es que el mas grande, el mas vital, el mas perentorio, la union ibérica, no se verifica, no se trata siquiera de llevarla á su complemento?

El Portugal, que es una fraccion de la nacionalidad española, enclavado su suelo en nuestro suelo, si poderoso en un tiempo, como lo fueron Leon, Galicia, Castilla, Aragon, Granada, débil hoy, convertida en una colonia inglesa, espuesta á insultos como el que recibió de parte de dos fragatas francesas que le amenazaron con reducir á Lisboa á cenizas, si en el espacio perentorio de dos horas no les entregaba el buque negrero apresado en las aguas de Mozambique; Portugal que posee casi nuestra misma lengua, que hasta ayer sus instituciones, sus costumbres, fueron las mismas, ¿podrá acaso decir que no es una porcion del territorio español? Tanto valdría que un getafeño dijera que no era castellano, porque era de Getafe.

Ni remotamente quisiéramos atentar á la independencia de una nacion reconocida así por la diplomacia del mundo: somos los primeros en admirar sus glorias, su literatura; acaso el acierto de su gobierno; mas no olvidemos el gran principio de que en la union está la fuerza: que la Europa ha de pasar por grandes pruebas, y que si hemos de terciar en ellas habremos de presentarnos unidos y fuertes: la union no se concibe por la dominacion: mas se realiza por la unidad de instituciones y de tendencias. Desengáñense los portugueses: son españoles: y en vez de vivir humildemente en un rincon de la Europa, defendidos por esta misma España, pospongan rancias preocupaciones provinciales; salgan de ese letargo de pleonástica suficiencia en que se hallan, y consideren que los tiempos van muy cambiados: que lo que ayer hubiera sido el colmo de la ignominia, una conquista con las prerogativas acordadas al vencedor, hoy sería un abrazo fraternal de dos pueblos que la geografía ha unido con vínculos indisolubles.—Otros fueran sus destinos, otros los de la nacion española; y la union ibérica, jamás íntimamente consumada, un acontecimiento que pusiera á España y Portugal por encima de las eventualidades del porvenir. Tal vez entonces el Africa entreabriera sus senos á la luz de la civilizacion. Tal vez se consumaran las miras del legendario rey de Portugal don Sebastian y las de Cisneros y Carlos I de España.

G.-P.

CABRERA.

El criterio español tan viciado en nuestros días por la triste influencia que ha ejercido en él, la política, y la política militante sobre todo, admitió como muy posible, como ineludible, la ingerencia del general Cabrera en los asuntos que forman hoy el núcleo de la política española.

Nosotros sin embargo tuvimos la ocurrencia contraria; creímos precisamente lo opuesto, no fijándonos para ello ni en la edad y achaques, ni en la hoy desahogada posicion social del antiguo caudillo carlista.

Nos fijamos en Londres.

Es una gran verdad de filosofía natural que el hombre es hijo de las circunstancias, del clima, del régimen político bajo el cual vive, en una palabra, de la atmósfera que le rodea.

Nada hay mas claro. El estado decadente de la sociedad española, el estado de tan, en otros días, gran nacion, es la triste consecuencia de la nefanda política seguida por hombres que hicieron de los poderes públicos una especie de lodazal.

España era una cloaca y los españoles vivíamos por necesidad en ella.

No creemos que una sociedad se pacifica en un día: pasarán todavía algunos años para que España sea la que fué, la cuna de los hidalgos, la patria de la galantería, el desprendimiento, la generosidad. ¿Qué extraño era que obedeciendo á la pasada corriente de sucesos, los españoles fuéramos mezquinos en nuestra manera de pensar? Madrid sobre todo, no podía inspirar otra clase de sentimiento y de criterio.

En Londres se respira una atmósfera pura.

El país de las libertades, del saber, de la opulencia, del comercio, de la fuerza, de la civilizacion no puede comunicar si no altas ideas de patriotismo y Cabrera hace tiempo que respira esa atmósfera. Arrojado su ilustre nombre en los campos de los restauradores de la política de D. Carlos, el partido naturalmente co-

braría de pronto, importancia, pasaría tal vez de ridículo á serio, que tal es la consecuencia de las gestiones de aquellos hombres excepcionales que tienen el temple de alma suficiente para sacrificar toda una vida al triunfo de una idea.

¿Quién se atrevería á tachar á Cabrera de inconsecuente?

Pero Cabrera habrá meditado en la situación política de España, y su patriotismo, cultivado con las grandes enseñanzas de las libertades que goza el pueblo inglés, le habrá hecho así mismo comprender que hundir á España en los horrores de una nueva guerra civil sería el colmo de los atentados.

Cabrera habrá dado razón al pueblo de su patria, pueblo vejado, escarnecido, indignamente hollado.

De muchos hombres se ocupa la prensa, menos de él.

Y Cabrera merece á nuestro juicio, *hasta hoy*, sentida gratitud por su moderación, por no haberse prestado todavía á los manejos de que vienen ocupándose los partidarios de D. Carlos.

Verá tal vez con lástima dos cosas.

La candidatura de Espartero para Rey de España.

La alianza *hija de la necesidad* de Doña Isabel y D. Carlos.

Creerá sin duda que lo más natural es que los enemigos se socorran en el propio naufragio, porque á veces de la unión nace la fuerza. Nosotros le enviamos nuestros plácemes como buenos españoles si es que no nos hemos equivocado en la opinión que nos merece el bizarro militar, el hombre ilustre, á quien creemos inflamado del más santo patriotismo al contribuir en no aumentar, las desventuras de la nación de quien es hijo.

J. A. M.

ENRIQUETA,

NOVELA ORIGINAL.

POR ANTONIO VINAJERAS.

(Continuación) (1),

Pero desaparece al notar la animación de aquel centro de movimiento y algazara.

Cualquiera creería que Madrid, como Josué, detiene al sol y lo fija por un momento sobre esa plaza que es su orgullo.

Lo cierto es que el más preocupado se detiene con gozo, ya porque tropieza con un amigo, ya porque oye á un chichuelo que reparte la *última hora* de un diario político; bien porque pasa la guardia de Palacio, ó porque le roza la crugiente falda de seda de una linda mujer, que se pierde entre la muchedumbre como un pájaro entre nubes.

II.

En esa misma mañana, tan alegre por todas partes, tan pintoresca en la Puerta del Sol como en Recoletos, lanzaba su luz el astro-rey con no menos esplendor y solicitud, en esa taza de

(1) Véase el número 5.

RUIDOS.

Las noticias sobre Cuba continúan siendo más alarmantes cada día. No ha bastado la presencia del general marqués de Castel-florite y lo sentimos profundamente. Los dignos hijos de la tierra de Colon no creen en la palabra española y de aquí la tenacidad de su actitud. Hoy que toda la prensa la tiene en contra el ministro de Ultramar desempeñando por ello un papel poco envidiable, puede convenirse el gobierno y los que vengan, que no es Cuba el gran bazar imaginado hasta hoy. Si el señor Ayala hubiera sido justo con los hombres y las cosas de aquel rico país, nada más que justo, no hubiera preparado al general Dulce la situación azarosa en que se encuentra. Repetimos que los cubanos tienen razón sobrada para combatir.

Serán siete mil hombres los que han de salir muy pronto para la Habana: leyes y no balas, señores ministros libertadores, y si no entendéis de leyes, dejad un puesto que os desautoriza enajenándose la buena opinión y el consorcio de los hombres de mérito justificado.

Somos de la opinión de las distinguidas señoras que han elevado sus quince mil plegarias al duque de la Torre: somos de su opinión hasta cierto punto como lo es este gobierno provisional.

Situación minotauca es indudablemente la que atravesamos.

El gobierno lo sabe mejor que nosotros.

Mitad democrática, mitad unionista, mitad progresista, no hay que meterla el escalpelo porque se corren los tejidos.

Y no hay remedio para la enfermedad porque es *constitucional*.

Rapsodia de todas las ideas no supo hacer otra cosa que entrar en Madrid gloriosamente y desaprovechar la grande oportunidad de hacer lo que creyera mejor para el país.

No lo hizo.

rosas llamada plazuela de Oriente. El palacio de los Reyes de España semejaba una mole fantástica de marfil, y cien distintos grupos de nodrizas y de paseantes, de niños y de soldados aumentaban su belleza.

III.

Frente á la estatua ecuestre de Felipe V. situada en medio de la plaza, está el alcázar de S. M., y dando cara á él una casa de elegante apariencia, de arquitectura moderna, que no indica ni lujo ni necesidades, semejante á esas almas tranquilas que revelan en su fisonomía un estado de felicidad tanto más envidiable cuanto más modesta. Ocupa el cuarto principal de la casa una familia distinguida: El magistrado D. Alvaro de Quiñones vive en él con su esposa y una hija, la cual ostenta en su rostro toda la frescura y los hechizos de los diez y ocho años.

IV.

La casa tiene un balcón corrido.

En él se ven innumerables tazas cargadas de flores.

Siéntese al pasar por delante de dicha morada un ambiente de perfumes; respirase una atmósfera nueva, pues las flores son distintas y esparcen olores gratísimos y penetrantes.

Serían las once de la mañana cuando apareció en una de las ventanas la dueña de este jardín, jardín suspenso, por decirlo así, en el aire, como aquellos admirables caprichos de rosas de la imaginación oriental de Semiramis.

Así es que los ministros están en sus nueve sarcófagos como nueve misterios.

Descansad en paz y os sirva de sudario. ¡un pañuelo!

Lo que agradeceríamos los españoles, señor gobierno, sería no ese dualismo que reina entre Vds., no ese desbarajuste y tantos chismes de cocina, atmósfera en la que vivís involuntariamente; si no el que no se vea todavía entre Vds. que echaron abajo un trono, asomar la cabeza un hombre superior que mande á paseo tanta candidatura real, y fraternizando con el partido más beneficioso para el país eleve el nombre español simbolizándolo en el genio de un sólo hombre. No aparece todavía: no se le ve venir y la situación se agrava como es natural.

Leemos en *El Geremias*:

«La familia *Ayalina* cobra todos los años la friolera presupuestil de 280,000 rs., repartidos entre D. Adelardo, D. Ramon, D. Rafael, don José María y D. Baltasar Ayala. Ahí tienen Vds. un pañuelo que vale catorce mil duros!

Digo. ¡Si el Sr. Ayala llega á sacar una sábana!

El último manifiesto del gobierno viene á formar parte de la colección de obras selectas debidas al gobierno provisional, desde su advenimiento al poder. Lo peor es el descrédito: así hiciera este gobierno maravillas, nos parecerían maravillosamente malas por aquello de que las ha cometido *piramidales*.

Algo debe llamar la atención del gobierno la multiplicidad de periódicos, el hervir vividor de la opinión pública: ¿qué revela eso sino que no hay paz, que no hay calma, que el desbarajuste moral ha sido la huella de la política infausta adoptada y seguida por el gobierno? En efecto: este gobierno que debió ir delante de las buenas clases de la sociedad, se creyó posesionado del país y se dejó invadir por

V.

Jamás concibió la fantasía de los más grandes pintores un tipo de seducción más elocuente y expresivo.

Figúrese el lector un rostro de óvalo perfecto y de blancura inimitable; una frente despejada y llena de inteligencia, como la de Safo; una cabeza en la que la flor más modesta tomara realce; un cabello castaño abundantísimo rizado naturalmente, caído sobre los hombros y derramado en ellos como las olas de un torrente que adivina el paso de la tempestad. Imagínese el lector unos ojos de rasgado árabe, azules como el cielo de Andalucía; grandes y orlados de preciosas pestañas; de nariz fina y boca tan bien dibujada, tan provocativa en su expresión, que á su más ligero movimiento descubre una dentadura magnífica. Hombros anchos y derribados, pecho de virgen, cintura estrecha, pié andaluz, donaire en el andar, una cierta reticencia en todo, indicio de las inefables indecisiones de un alma poética; tal es Enriqueta.

VI.

Sus primeros pasos en el mundo fueron saludados sin envidia de ningún género, como lo es el canto del ruiseñor por las aves que le oyen en el bosque. Lo mismo sucede con toda gran virtud, con todo gran mérito.

En cierto día bajó al Prado.

El día espiraba.

El grande astro lanzaba sobre la frente de Enriqueta su última aureola.

Vestía la hermosa joven un traje rosa y un abrigo de terciopelo

gentes (muchas de ellas exceptuadas) verdadera escoria de la política y de la buena moral; y esas gentes habrán de representarle! La consecuencia era natural. El gobierno se ha desprestigiado, y se observa un extrañamiento completo entre numerosas familias que emigran las unas, se encastillan las otras y todas respiran mal, temiendo fatales conflictos.

Acaba de visitarnos el primer número del periódico titulado *¡A la una!*—Su primer artículo va consagrado á los Sres. Pinedo y Lereña, á los cuales les dirige gravísimos cargos: nada nos consta, pero si tiene razón y tales abusos continúan, no dudaremos en creer que hasta la restauración fuera posible en este país, y pedida por los verdaderamente conservadores.

Gobierno de las provisiones llámose, en cierto país á cierto gobierno extranjero.

Los Sres. Sanchez Bregua y Riquelme han sido ascendidos á mariscales de campo. Y siguen los ascensos.

D. Carlos Rubio tiene, dicen, *in petto* un gran secreto.

Ya va perdiendo, la candidatura del Sr. duque de Aosta.—Y nació ayer.

Lo cierto es que hay mucho que estudiar en el talante de las fisonomías después de la Revolución de setiembre. Parece que hemos venido todos á hacer dos horas de Alcolea.

Las fisonomías aparecen como jadeantes, y es que nadie tiene confianza en ustedes, señores ministros: habeis creado esta situación indecisa, nerviosa, crispante, esta temperatura insoportable, y mientras

negro. Una flor, una sola, adornaba su cabello. y el efecto de esta sencillez fué ruidoso.

Las mujeres fijaron su atención en Enriqueta.

Tanta juventud las desarmó.

La admiración enjendró el afecto.

Los jóvenes la miraban con asombro.

Creyóse la extranjera.

No.

Enriqueta había sido presentada por sus padres, en el mundo, sin esa impremeditación, sin ese precipitado deseo que á muchas madres punza, á expensas de la educación, del verdadero porvenir de sus hijas.

En otra ocasión la llevaron al Real.

Vestía traje blanco, ostentaba en su cuello una doble sarta de corales, y en la cabeza un adorno sencillísimo de flores.

Era, en realidad, un milagro de belleza.

Aquella noche fué un acontecimiento para la juventud madrileña.

Los señoritos pugnaban por ser presentados á la familia, custodia de tal flor.

Lograban saber su nombre.

Después sabían que era un ángel de bondad.

El amor y el respeto formaban en los aires la doble corona de la frente de la virgen.

VII.

La inteligencia de esta joven había sido cultivada con acierto y esmero.

Jamás se discutió delante de ella sobre religión.

no saludemos *un hombre de génio*; no inspirareis respeto verdadero si no por lo mediano.

Muchos vecinos de Madrid no han recibido aún la cédula talonaria para poder votar.

Créese que se aumentará el número de diputados que los Cubanos han de enviar á las próximas Cortes. Tendremos una satisfacción en hacer completa justicia al gobierno así que veamos realizadas en Cuba las reformas de que tanto se habla. Hasta ese día ningún Cubano deba aceptar nada del gobierno: tal es nuestra opinión.

Los ministros casi todos han estado á votar la mesa escrutadora.

Parece que es asunto terminado el relativo á los mil millones contratados con una casa inglesa.

En todas las provincias se han hecho ya los repartos del nuevo impuesto personal.

Se han encontrado en Palacio fotografías deliciosas: la familia Borbon es protectora decidida del arte de Daguerre; juzg. de elector por el sin número de retratos que ha lanzado sobre España el Sr. don Carlos de Borbon y de Este.

Ha desertado de la redacción de la *Voz del siglo*, el reputado escritor D. Francisco Silvea.

La discusión conduce á la duda.

La duda mata en general la fé.

Inclináronla á la virtud como á un instinto.

Apartáronla con cuidado de las lecturas peligrosas, y de las reuniones frívolas ó de *excesiva* confianza.

Educáronla para lograr de ella única y exclusivamente una mujer instruida y honesta.

Sin salir de Madrid, sin haber visto el Tamesis, Nuestra Señora y el cielo azul de Italia, sabía Enriqueta el inglés, el francés, y el italiano.

Ni había leído á Byron, pero sí á Milton, este hombre-Moisés del gran drama social.

No á Dumas, este gran demoleedor de virtudes, pero sí á Madame de Sevigné.

No á Dante, que aterra, pero sí al Tasso, que fortifica el alma y la consuela.

Tocaba Enriqueta el piano con sumo gusto, cantaba, conocía toda clase de primores de aguja, hubiera podido llevar los libros de la casa de un grande, y no habría cometido una falta ni en el modo de cortar un traje ni al señalar en un mapa un país cualquiera. No hacía gala de su ingenio naturalmente vivo.

Tenía ideas encantadoras.

Así pues, dijo una noche á cierta amiga suya, en tanto que miraban las dos al cielo.....

—Quisiera ver una revolución de estrellas!

VIII.

Ya la casa de D. Alvaro de Quiñones se veía los viernes frecuentada por una parte muy escogida de la sociedad de Madrid.

Un escritor á quien obedecen en España cinco periódicos y cuyo nombre rueda por las iglesias parece dará pronto á la estampa una especie de revista titulada *Las nueve plagas*.

No compartimos absolutamente la opinión del estimado colega que pone tan en litigio el mérito del Sr. Topete: nosotros diremos que el Sr. Ayala, por ejemplo es un poeta distinguido y un pésimo ministro. D. Juan B. Topete será siempre una de las primeras glorias de nuestra marina nacional. Hay que proceder como Quintana.

También Nelson allí; ¡terrible sombra!

No esperes no, cuando mi voz te nombra

Que vil insulte tu postrer suspiro:

Inglés te aborrecí y héroe te admiro.

Pronto empezaremos á publicar la obra de nuestro querido amigo Alvarez Malibrán titulada *El mundo farsa*, (poema social.) El lector juzgará de su mérito; á nuestros ojos lo tiene sabido.

¿Tendremos al fin unas Cortes legitimistas? Se nos ha dicho que el Sr. Fuente Alcázar que se presenta como candidato en uno de los distritos de la provincia de Cuenca no será elegido por haberse declarado partidario de la libertad de cultos.

Reina una activa correspondencia entre Doña Isabel de Borbon y el Duque de la Victoria.

El *insigne* traductor dantés será dado de baja en el Ejército: con eso tendrá más tiempo para interpretar lo que quiso decir Dante con lo de las *higas*.

Dice el *Siglo* que el general Lersundi llegará á Cádiz del 20 al 23.

No acudían á ella las eminencias, por decirlo así, de la aristocracia; pero en cambio reuníanse personas de mérito y de muy honrosos antecedentes. Enriqueta tenía amigas, y cuando se distraía con ellas, el salón de recibo de su casa semejava la copa de un árbol llena de flores y de pájaros.

D. Alvaro, por otra parte, huía de la aristocracia.

Esclavo de sus propios principios, no quería salir de su esfera, no quería él, simple magistrado de la Audiencia de Madrid, tener por yerno un grande de España, sino más bien un joven honrado y entendido que no allegara otro linaje de merecimientos.

No había que esperar una gran dote al pretender á Enriqueta.

En general, la virtud es pobre, y D. Alvaro se preciaba de conservar intacta la reputación de sus mayores.

IX.

Su esposa era un modelo de castidad, de inteligencia y de dulzura.

Para ella Enriqueta era su paraíso cargado de frutos, su cielo sembrado de astros.

Al despertar su hermosa hija, la sorprendía, á la manera que el sol sorprende al mar con su sonrisa.

Visitábala durante el sueño.

Siempre, antes de besar su frente de virgen, fijaba en ella esa mirada de águila que parte del corazón de las madres y con la que lo adivina todo: un placer ó una pena, el primer rayo de luz ó la primera tiniebla del alma.

Juana de Mendoza: tal es el nombre de la madre de Enriqueta.

Todavía conserva esta señora algo de su antigua belleza, belleza de la cual ha sido su hija legítima heredera.

Anunciamos con toda seguridad que D. Carlos no ha aceptado la fusión de las dos ramas propuesta por la ex-reina.

Parece que se han repartido entre la tropa proclamas republicanas.

Segun noticias el general Cialdini desempeñará en breve la embajada de Italia en Madrid.

SECCION LITERARIA.

AL SR. D. PRÁXEDES M. SAGASTA.

Soneto provisional.

¡Oh génio ilustre de temprana cuna!
 ¿Quién no te admira en tu gentil tarea?
 La pólvora de Cádiz y Alcolea
 Le sirvió de escabel á tu fortuna.
 Tu espina vertebral, tu faz moruna
 De tí nos dan maravillosa idea;
 Al peso del Estado se cimbreaba
 Esa espina que á tantos importuna (1).
 ¡Qué gran tranquilidad en toda España...!

(1) Desde su advenimiento, he notado como que se encorva don Práxedes.

Alma noble que ha derramado muy pocas lágrimas en la vida, respira la atmósfera deliciosa de la salud y bienestar de su esposo y de su hija.

Sus grandes ojos pardos se fijan siempre en el alma como para interrogarla. Su frente es elevada, su boca grande, pero graciosa, el cuerpo elegante y esbelto.

X.

Es cosa conmovedora oír hablar al padre y á la madre, lejos de su hija, del efecto que produce esta en los salones ó en los paseos, del esposo que la desearían, de los menores actos de su vida, de los frutos que da la educación que ha recibido.

En Enriqueta no hay rivalidad, ni envidia, ni deseos inmoderados: una flor le parece tan bella como la mas rica turquesa; un sencillo traje modesto y decente le causa más efecto que el pasado gró; y la noche pasada entre amigas ó leyendo al pié de su madre, la noche mas brillante del *Real* cuando la Patti recoge una lluvia de flores y de versos. D. Alvaro es hombre que raya en los cincuenta y cuatro años: alto, vigoroso, de ojos pequeños y vivos, de barba breve, indicio de firmeza, y de fisonomía naturalmente seria.

XI.

Al asomar Enriqueta por el balcón envuelta en una especie de peinador blanco, sujeto apenas el cabello y escogiendo flores para su propio adorno, hubiérase dicho que era una de esas visiones, mitad ángeles mitad mujeres, que ven algunos poetas en las horas de su muerte: nunca había estado tan bella, conservando aun en

¡Qué calma en las *dichosas* elecciones!
 ¡Cuánta templanza y sin igual cordura!
 (Salvo, se entiende, la feroz campaña
 De palos y balazos y estrujones,
 Que viera el sol desde su sacra altura.)

A DON FERNANDO DE PORTUGAL.

Soneto filantrópico.

Haces bien, ¡oh Fernando! en renunciallo,
 Que el guisado no es bueno ¡por mi estrella!
 Oh! tu conoces á la España bella:
 Sabes, galán, donde te duele el callo:
 Si viene, bien á pié, bien á caballo,
 Oro dejando á la nación por huella
 Rey extranjero, se suicida en ella:
 Roto su cetro como débil tallo.
 Mas te vale Fernando tu Lisboa:
 Tu Cintra que lord Byron celebraba,
 Tus *suripantas* y de Oporto el vino.
 Yenga de Italia, de Inglaterra ó Goa,
 Si no es hijo de España, aquí se clava
 Todo monarca que nos dé el Destino.

J. A. MALIBRAN.

MADRID: 1869.—Imp. de la Viuda de Martinez. Manzana, 15.

sus mejillas el color subido que comunica el calor del lecho: el sol bañaba con luz de oro, su rostro, y sus ojos centelleaban como dos záfiro puestos al paso de un rayo del cielo.

Algunos la vieron desde la plazuela y quedaron como suspensos.

Enriqueta desprendió varias rosas, lanzó una mirada por toda la plaza, y al volver al salón, halló á su madre, que al verla tan seductora la dió un beso en la frente.

XII.

Entre aquellos grupos había una jóven que hablaba con varias amigas, y que las dijo al desaparecer Enriqueta:—La habeis visto? Apuesto á que no hay en Madrid nadie que la iguale; es tan inocente como hermosa, y nunca me separaré de ella: bendiga Dios á mi señorita!

Así dijo, y entró en la casa de D. Alvaro.

En efecto, era Julia, la doncella de Enriqueta.

I.

Es D. Gil de Pedrarias uno de esos tipos bastardeados del verdadero carácter español, tipos que si no abundan, existen, y que á nuestro juicio abundan en demasia. Pequeño de cuerpo, corto de inteligencia, de escasa instruccion y henchido de humo, había sacrificado D. Gil una de sus hijas á su deseo de ser visitado por la nobleza, de oírse citar como suegro de un marqués tan pobre de salud como rico de blasones.

Su hija era un tesoro de juventud, de belleza y de virtudes.

(Se continuará.)